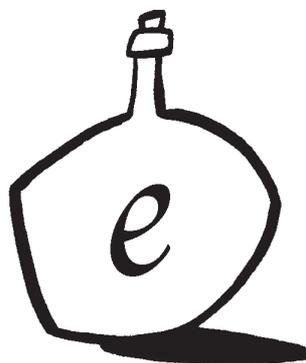


Profesores para un mundo ultramoderno

En la actual sociedad del aprendizaje continuo, para sobrevivir es necesario mantenerse en un proceso de reeducación permanente. Esto obliga al sistema educativo a ampliarse hasta satisfacer nuevas demandas sociales, definir sus metas en el horizonte de la globalización y rediseñar el perfil del profesorado que hay de llevarlas a cabo.

José Antonio Marina*



Christian Ynaraja.

Voy a ir contracorriente. En el mundo educativo hay un pesimismo que me parece paralizador e infundado. De un discurso sobre el profesorado como sacerdocio, se ha pasado a hablar del profesorado como tortura. Son dos formas de victimación igualmente erradas. De tanto decir que las clases son un infierno, que los alumnos son indómitos y maleducados, y que las familias pasan de la educación y nos desprecian, acabaremos por conseguir que suceda. El mecanismo de las profecías que se cumplen por el hecho de enunciarlas funciona con gran eficacia. Soy profesor de Enseñanza Secundaria. Al cabo del año me invitan a muchas reuniones, jornadas, charlas con profesores. Suelo ir, para enterarme de lo que pasa y para decirles lo que pienso. Nos estamos volviendo quejicosos y poco reivindicativos. Y esto me preocupa. Hay una queja paralizante y una queja movilizadora. La de los profesores puede acabar en una mera estrategia de excusas. El otro día, en el coloquio tras una conferencia, un profesor de Secundaria dijo que nadie se preocupaba de reciclarlos. Una médico que estaba en la sala le contestó que podía reciclarse él solito, que los médicos tienen que hacerlo continuamente, en horas fuera del trabajo, y que nadie se siente víctima por ello. Creo que para ser

creíbles deberíamos quejarnos menos, trabajar más y reivindicar más. Pero sabiendo lo que se reclama. Me parece inaceptable que haya habido movilizaciones contra el proyecto de adelantar una semana el comienzo de curso. Esto no es de recibo. Para pedir más cosas debemos ofrecer más cosas también.

A pesar del mal estado de la educación, me parece que estamos en un momento óptimo para hablar de ella, si sabemos aprovecharlo. Tenemos que explicarle a la sociedad por qué le interesa que haya un buen sistema educativo, lo que se juega en ello y lo que es necesario para conseguirlo. Año tras año se habla de un gran debate sobre la enseñanza, que nunca se ha llevado a cabo. No espero que lo inicien los políticos. Debemos empezarlo nosotros, los profesionales de la educación. ¿Por qué digo que estamos en un buen momento para hacerlo? Porque todo el mundo reconoce que hemos entrado en la sociedad de la información, y que el conocimiento se ha convertido en el principal activo económico. En realidad, fuera de eslóganes y latiguillos, donde hemos entrado es en la sociedad del aprendizaje continuo, en la que para sobrevivir va a ser necesario mantenerse en un proceso de reeducación permanente. Esto va a obligar a que el sistema educativo se amplíe y satisfaga nuevas

demandas sociales. Me parece un buen punto de partida para un eficaz *marketing* de la escuela. Pero hay que ir más allá y definir las metas educativas en el horizonte de la globalización y el perfil de los docentes que han de llevarlas a cabo.

En este artículo sólo me ocuparé de la enseñanza obligatoria, porque me parece radicalmente distinta de otros niveles de enseñanza. Se basa en un derecho —el derecho a la educación—, que se convierte en un deber para quien ha de disfrutarlo. Ni siquiera el derecho al voto se exige con tanta contundencia. ¿Qué es lo que justifica esta peculiaridad jurídica?

Un papel sumamente comprometido

Empezaré por el principio. Toda sociedad crea una cultura, que es el conjunto de creencias, técnicas, costumbres, artes, ciencias, códigos inventados para adentrar el mundo y facilitar el vivir. La propia sociedad considera imprescindible que una parte de esa cultura sea compartida por todos sus miembros. Son estos contenidos los que transmite obligatoriamente. Lo que se pretende con ello no es homogeneizar el nivel de información, sino realizar un modo de convivencia que se considera bueno. La educación básica determina el verdadero nivel de vida, no sólo el económico.

Si las cosas son así, y yo creo que sí lo son, la enseñanza obligatoria es inevitablemente educadora. Los profesores que creen eludir su responsabilidad educativa refugiándose en su asignatura se equivocan.

Lo único que consiguen es convertirse en transmisores pasivos de los modelos morales impuestos desde niveles políticos. Es entonces cuando se pretende no educar, cuando se está educando de la peor manera: siendo un transmisor pasivo de las consignas educativas del sistema o de las morales difusas de la sociedad. En este caso tienen razón los que afirman que la escuela es la máquina reproductora de las ideologías vigentes.

El profesor de enseñanza obligatoria tiene, por lo tanto, un papel sumamente comprometido. Va a formar irremediamente a todos los miembros de la sociedad a través de un sistema coactivo amparado por las leyes y teniendo que transmitir unos contenidos en cuya selección no ha tomado parte. Su función tiene la misma complejidad que la del juez. Ambos son elementos configuradores de la sociedad. Aunque administrativamente es un funcionario del Estado, el profesor debería ser, sentirse y comportarse como un funcionario de la sociedad. Es posible que las demandas de la sociedad en materia educativa, o las decisiones políticas, no sean razonables, por lo que el profesor, o algún órgano representativo de la comunidad educativa, tendría que ejercer un papel crítico, de filtro, de reflexión, de presión en ambos sentidos. Téngase en cuenta que, en el caso de un poder despótico o injusto, el profesor va a ser, lo quiera o no, colaborador —u opositor— del despotismo o de la injusticia. Lo mismo que el juez. Inevitablemente.

Por todas estas razones, me preocupa mucho cómo funciona la educación obligatoria y cómo son

las mujeres y los hombres que se encargan de transmitirla. El primer problema planteado es el de su formación, completamente descuidada en este momento. En verdad, es necesaria una formación científica y pedagógica, pero me temo que será insuficiente si no conseguimos que los profesores tengan una conciencia clara de su papel social. Sólo entonces podremos convencer a la sociedad de lo que se juega con este tipo de enseñanza.

Resulta muy instructivo repasar la historia del profesorado, desde el preceptor privado hasta el profesor-funcionario actual. En cada momento, la institución educativa y las demandas sociales han ido imponiendo una función diferente, una autoridad y una relevancia social distintas. Tradicionalmente, se encargó de transmitir los dogmas culturales o religiosos. Durante la Ilustración, se le atribuyó una función liberadora. Últimamente, se ha pretendido convertirle en formador del personal cualificado que necesita el sistema productivo de una nación desarrollada. La pedagogía crítica, por el contrario, quiere hacer del profesor un intelectual políticamente comprometido.

Hargreaves, en su interesante libro *Profesorado, cultura y postmodernidad* (1996), señala que las actuales pautas del cambio educativo están promovidas por una poderosa y dinámica confrontación entre dos inmensas fuerzas sociales: las de la modernidad y las de la postmodernidad. ¿Qué es lo que se discute bajo estos tecnicismos? La modernidad, que arranca del pensamiento ilustrado, se define por el culto a la razón y a la ciencia, la confianza en la técnica para resolver problemas. Defiende que hay una verdad común, una ética universal, una historia compartida por toda la humanidad, que se desarrolla por sendas de progreso. El postmodernismo, creación del siglo XX, se siente escaldado por las consecuencias de la modernidad. Cree que la razón se ha desmelenado por un afán de poder técnico y nos ha metido en un callejón sin

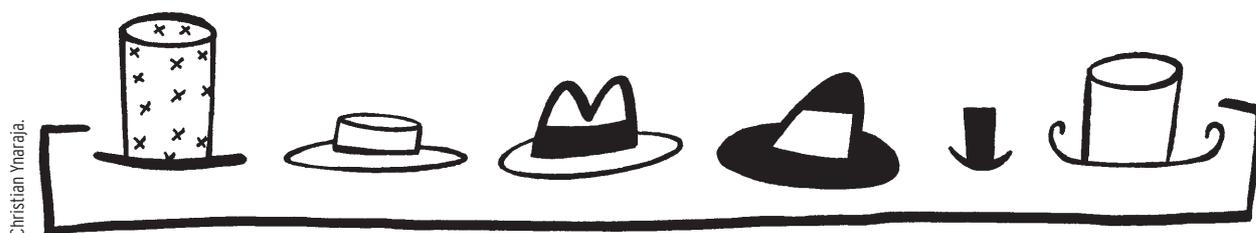


Christian Ynaraja.

salida. Su eficacia ciega ha esquilado el planeta. Su confianza en la verdad ha llevado al dogmatismo, al fanatismo, al etnocentrismo, al colonialismo y a otras injusticias semejantes. Los postmodernos piensan que hay que devolver a cada cultura su autonomía, cosa que parece justa, pero añaden que todas ellas son equivalentes, lo que parece excesivo.

Como he defendido en *Crónicas de la ultramodernidad* (Marina, 2000), la solución está en superar este enfrentamiento. Me gustaría colaborar a un cambio radical y a la vez integrador de las funciones de la escuela y del rol profesional del profesor. La ultramo-

teligencia como creatividad, los ultramodernos defendemos un paradigma ético de la inteligencia. Y consideramos que la teoría y práctica educativa deben fundarse en esta idea. Pero, además, la ultramodernidad afirma la índole social de la inteligencia, pues, aunque es una facultad individual, se desarrolla siempre en un contexto social, que la favorece o la deprime. De ahí que sea conveniente hablar de contextos sociales inteligentes y contextos sociales estúpidos. Es curioso que esta idea de “inteligencia de los grupos o de las sociedades” haya surgido en el mundo empresarial, que está muy



dermidad es, ante todo, una teoría de la inteligencia. La modernidad identificó la inteligencia con la razón. La postmodernidad, con la creación estética. Aquella se movió bien en lo universal, pero olvidaba lo concreto y no sabía qué hacer con los sentimientos. Ésta se despepita por la diferencia y la espontaneidad, pero no sabe cómo llegar a lo universal y a un sistema normativo. Los ultramodernos creemos que el trabajo de la inteligencia es a la vez más humilde y más trascendental. Su función es dirigir el comportamiento para salir bien parados en la situación en que estamos. Y esta idea debe dirigir los planteamientos pedagógicos.

Siempre se ha dicho que la inteligencia consiste en resolver problemas. La verdad de esta afirmación se evapora si nos referimos sólo a problemas teóricos, cognitivos. Los problemas que de verdad nos importan son más complejos, afectan a nuestra vida, implican esperanzas, miedos, amores, odios, toda la basta flora del sentimiento humano. Además, no se resuelven cuando se “conoce” la solución, sino cuando se ejecuta. La inteligencia humana termina en la acción, que siempre es concreta. Gracias a ella, lo irreal puede hacerse real. En esto consiste la creación, que es un acto de inteligencia pero también de ánimo y valentía. “De nada vale que el entendimiento se adelante, si el corazón se queda”, escribió Gracián. La idea de inteligencia que nuestra cultura está manejando desde hace siglos nos está pasando la factura. Pensar que resolver ecuaciones diferenciales es una demostración más clara de inteligencia que organizar una familia feliz o una sociedad justa resulta una insensatez y, además, una insensatez peligrosa. Basta imaginar lo que hubiera sido la historia del mundo si en vez de pensar que la inteligencia estaba dirigida a la verdad, se hubiera creído que estaba orientada a la justicia. Que-riendo ser inteligentes, nos habríamos hecho justos.

Frente al paradigma moderno de la inteligencia como razón, y al paradigma postmoderno de la in-

preocupado por conseguir “empresas inteligentes”. A los educadores nos interesa sobre todo fomentar la aparición de parejas inteligentes, familias inteligentes, centros educativos inteligentes. Junto a la pedagogía individual, debemos elaborar una pedagogía social, dirigida a los grupos y a las comunidades.

La figura del nuevo docente

De este proyecto, que me parece conveniente y necesario, emerge una figura clara del *nuevo docente* cuyos rasgos resumo a continuación:

El nuevo profesor debe concebir la educación como un proyecto ético

No puede ser neutral. Nunca lo ha sido. O reproduce la moral ambiente o transmite una moral crítica. O colabora con lo que hay o colabora en lo que debería haber. Su finalidad es formar ciudadanos, no sólo capacitar laboralmente. Esto es sin duda necesario, pero no suficiente.

El nuevo profesor debe ser un experto en educación

Tiene que educar a través de su asignatura. Educa por medio de la física, de las matemáticas o de la lengua. Cada una de estas disciplinas puede rediseñarse dentro de un proyecto educativo, es decir, ético.

El nuevo profesor debe entrenar para la acción

Por lo tanto, no basta con hacer que el alumno “construya conocimientos”, tiene que construir también buenos estilos afectivos y buenos hábitos de comportamiento. La acción es una amplia categoría que incluye actividades teóricas, artísticas, afectivas, convivenciales, laborales, prácticas. Educar implica ayudar a adquirir estas capacidades.

El nuevo profesor ha de ser un experto en resolución de conflictos

Puesto que hay que educar para la acción, y la acción implica problemas teóricos y conflictos prácticos, hay que educar para resolver ambos. El interés actual por la convivencia en los centros o fuera de ellos indica la gravedad del problema. No se trata de introducir una asignatura más sobre este asunto, sino de organizar todo el sistema educativo para que sea capaz de resolverlo. No podemos pretender que la escuela esté libre de conflictos. La vida es irremediablemente conflictiva y lo que tenemos que hacer es enseñar un buen modo de resolución de conflictos. Creo que hay asignaturas especialmente aptas para introducir en sus currículos una educación para el conflicto. En algunos de mis trabajos anteriores he expuesto el modo de hacerlo a través de la asignatura de Lengua y Literatura (Marina, 2000), de Historia (Marina y De la Válgoma, 2000) o de Economía (Marina, 1994). Omito mencionar la Filosofía, porque siempre se ha ocupado, o se ha debido ocupar, de esos contenidos.

El nuevo profesor tiene que ser un experto en colaboración

Debe saber que el gran protagonista de la acción educativa es el centro. Hemos de fomentar la creación de centros inteligentes, que potencien la tarea individual. Hay enseñanzas intervalores —por ejemplo, la disciplina, la convivencia, el respeto mutuo, el clima de colaboración, la preocupación social— que sólo puede impartirlas el centro en su conjunto. Todos sus miembros —profesores, personal administrativo, conserjes, personal de cafetería— tienen una función educativa. Esto habría que aplicarlo también a los funcionarios del Ministerio de Educación, puesto que trabajan en una empresa educativa. Todos tenemos que desarrollar un “pensamiento sistémico”. Es decir, hay que pensar la situación educativa como un conjunto de interacciones, influencias, actividades, obstáculos y energías, en el que se puede intervenir desde muchos puntos, no sólo en las aulas. Y todos tenemos que aprender a trabajar en equipo, porque en España no existe una cultura de la colaboración. Debemos ir hacia una política de aulas abiertas. La idea de que el profesor es dueño y señor de su aula y tiene derecho a una especie de intimidad sagrada en la que no se puede entrar me parece un disparate. La actividad docente debe ser pública, abierta a todos aquellos que estén implicados en la acción educativa. No podrán, por supuesto, intervenir en la clase, pero sí asistir. Los profesores solitarios e insolidarios pertenecen a otra época.

El nuevo profesor deberá adoptar un papel más activo

El sistema educativo se muere de inercia profunda y de agitación superficial. El profesor tiene que saber lo que sucede fuera y dentro del centro. Ha de estar al tanto de lo que ocurre en el mundo en general, en el mundo educativo y en su asignatura. Y también ha de conocer lo que pasa en las aulas. Hay que activar los dos sistemas nerviosos de un centro educativo, con frecuencia adormecidos en el sistema público.

Uno está constituido por alumnos, profesores, departamentos, jefatura de estudios, claustro. El otro lo forman padres, alumnos, tutores, departamentos de orientación, claustro. Las reuniones del claustro se han convertido por lo general, en los centros públicos, en una molesta obligación educativa, en un trámite a despachar con la mayor celeridad posible. Esto es inaceptable. Es el claustro el que educa.

El nuevo profesor debe ser un buen propagandista de la educación

Necesitamos establecer lazos con la sociedad. La falta de prestigio que padece en este momento la escuela está agravada por la dificultad que ésta tiene para mantener una relación fluida con la sociedad. Explicamos muy mal lo que hacemos. Vivimos a la defensiva, lo que da la impresión de que tenemos algo que ocultar o de que sólo nos preocupan nuestros intereses. Cuando antes hablaba de la necesidad de una pedagogía social, me estaba refiriendo a esta necesidad urgente de hablar de educación fuera de las aulas, de comprometer a muchos agentes sociales en la tarea educativa. Familias, medios de comunicación, sistema de salud, políticos, policía, empresarios, ciudadanos de a pie, todos tienen una función educativa. Los actuales proyectos de “ciudades educativas” van en esta dirección.

Necesitamos reivindicar muchas cosas. A los de fuera de la profesión, mayor ayuda y prestigio social. A los de dentro, mayor calidad y exigencia. Muchos profesores actuales, momificados en la rutina, pensarán que todo esto son músicas celestiales. Espero que pronto les llegue la jubilación y sean sustituidos por profesores más animosos y ultramodernos. Pero me temo que no suceda así, porque no nos estamos ocupando de la formación inicial de los docentes. El nuevo Instituto Superior de Formación de Profesorado tiene que encargarse de estudiar y definir el nuevo modelo de profesor que necesitamos, que precisa la sociedad española, y poner los medios para conseguir su formación.

Para saber más

Hargreaves, A. (1996): *Profesorado, cultura y postmodernidad*, Madrid: Morata.

Marina, J.A. (2000): *Crónicas de la ultramodernidad*, Barcelona: Anagrama.

Marina, J.A. (2000): *La selva del lenguaje*, Barcelona: Anagrama.

Marina, J.A. (1994): “Una lección de Economía básica en el curso de filosofía”, en Cepeda, P. (ed.): *Hacia una escuela nueva. X Premios Francisco Giner de los Ríos a la Innovación Educativa*, Madrid: Fundación Argentaria.

Marina, J.A., y De la Válgoma, M. (2000): *La lucha por la dignidad*, Barcelona: Anagrama.

* José Antonio Marina es filósofo.